

# ALEJANDRO MAGNO

Hombre,  
mito, héroe



Ninguna otra figura histórica ha despertado tanta fascinación como el joven rey macedonio que, en 15 años, conquistó todos los reinos entonces conocidos y se asomó al límite del fin del mundo para, gracias a su muerte prematura, convertirse en un dios en plena juventud

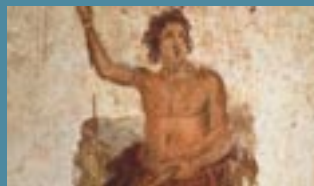
Alejandro, rey de Macedonia. Relieve anónimo del s. XV (Patrimonio Nacional).



**Una personalidad contradictoria**

*Adolfo J. Domínguez*

pág. 56



**Alejandro, el divino**

*Manuel Bendala*

pág. 62



**Espejo de generales. El genio de la guerra**

*Fernando Quesada*

pág. 70



# Alejandro, un carácter en perpetua CONTRADICCIÓN

Originario de un reino pequeño y pobre, vivió ebrio de victorias, vino y adulación. **ADOLFO J. DOMÍNGUEZ MONEDERO** presenta la paranoia del héroe, cada día más endiosado y distante de sus compañeros de armas

**Q**ueronea, Beocia, comienzos de agosto del año 338 a.C. En la llanura, bajo un sol cegador, Filipo II de Macedonia ordena para la batalla un gran ejército de 30.000 infantes y 2.000 jinetes. La caballería forma en el ala izquierda, mandada por el príncipe Alejandro, que acaba de cumplir dieciocho años. Haciendo gala de una temeridad sin límites, alejando, tras varias cargas, logra desbaratar la formación que se le opone, las tropas tebanas, entre las que destaca el *Batallón sagrado*. Tras romper el ala tebana, Filipo II arremete contra el centro, formado por los atenienses, y los derrota, causándoles más de mil muertos y capturando dos mil prisioneros. Queronea marcó el final de la independencia de las ciudades griegas, pero también el inicio de la fulgurante carrera de Alejandro Magno. Cuando, quince años después, el aún joven rey moría en Babilonia tras haber conquistado un inmenso imperio, el rosario de cicatrices que recorría su cuerpo daba fe de que el ímpetu que le convirtió en el héroe de Queronea no se había mitigado con los años.

Es difícil penetrar en el verdadero carácter de Alejandro Magno, más allá de las innumerables anécdotas y hechos que se cuentan de él y, sin embargo, ése es uno de los retos más atractivos para el historiador.

Alejandro, nacido en el mes de julio del año 356 a.C., era hijo del rey Filipo II de Macedonia, auténtico artífice del

**ADOLFO J. DOMÍNGUEZ MONEDERO** es profesor titular de Historia Antigua, UAM.



**Filipo II de Macedonia** fue el artífice del poder imperialista de su reino, hasta entonces marginal respecto a la Grecia de las *poleis*.

poder imperialista de su reino, hasta entonces bastante retrasado y marginal con respecto a la Grecia de las ciudades. La sagacidad política, el recurso inmisericorde a la razón de Estado y una eficaz máquina de guerra, hicieron de Filipo el dueño de Grecia; su hijo heredaría de él la falta de escrúpulos en la acción directa, aun cuando a veces los remordimientos le pudieran hacer parecer débil y vulnerable.

La madre de Alejandro, Olimpiade, era hermana del rey Alejandro del Épiro. Mujer de fuerte carácter y fanática devota del culto dionisiaco, inculcó en su hijo un determinado concepto de espiritualidad que siempre acababa por salir a la superficie.

No pueden medirse las relaciones entre Filipo y Olimpiade con criterios modernos. Su matrimonio tenía una marcada finalidad política y fue de interés tanto para Filipo —en camino de conseguir el dominio de buena parte

del ámbito balcánico— como para los dinastas del Épiro, que se beneficiaban del parentesco con el macedonio en sus proyectos políticos y militares en el Adriático e Italia. Las personalidades de ambos progenitores de Alejandro eran muy enérgicas y no faltaron momentos de fuertes tensiones, en los que la madre podría haber azuzado al hijo contra el padre. Estas querellas fueron aumentando conforme crecía Alejandro, quien, probablemente, tomó partido por su madre, al tiempo que recordaba a su padre la legitimidad de su nacimiento y los derechos que le correspondían como hijo legal suyo.

## Pelea en el banquete

Uno de los primeros enfrentamientos parece haber tenido lugar tan sólo un año después de Queronea, cuando Filipo, que ya tenía varios hijos fruto de sus cinco matrimonios previos, se encaprichó de la joven Cleopatra, sobrina de Atalo, uno de los compañeros predilectos, a la que desposó entre el regocijo general de la Corte. Durante el banquete, corrió a raudales el vino —los macedonios solían beberlo puro, sin rebajarlo con agua, como solía hacer el resto de los griegos— y en medio de la euforia de la fiesta y de los vapores etílicos, Atalo rogó a los dioses que de la unión naciera un heredero legítimo para el reino. Alejandro le arrojó una copa de vino y Filipo se abalanzó contra su hijo espada en mano, pero ya sumamente borracho tropezó y cayó al suelo. Eso provocó comentarios despectivos de Alejandro hacia su padre.

Aunque éste y otros episodios de la



**Alejandro corta el Nudo Gordiano**, convirtiéndose en el hombre predestinado para conquistar Asia (por G. Pavía, 1742, Madrid, Palacio de la Moncloa).

vida de Alejandro —que tienen lugar durante los banquetes y bajo la influencia de la ingesta de grandes cantidades de vino— han sido cuestionados por muchos autores, reflejan la estrecha relación entre la política, el sexo y el alcohol en lo más alto de la corte macedonia. No sería la última vez que Alejandro perdiese la compostura durante un banquete.

Las relaciones entre padre e hijo probablemente se enfriaron durante los úl-

timos años del reinado de Filipo. Al círculo más íntimo del rey cada vez le desagradaba más la actitud de Olimpiade, que quizá estaba intrigando desde su retiro del Épiro contra su marido. Incluso es posible que a los más próximos a Filipo les incomodase que pudiese regirles el hijo de una epirota, una no macedonia, cuya fuerte personalidad no decayó nunca. Quizá por ello los compañeros de Filipo no tuvieron inconveniente en apostar por otro hijo del rey,

el deficiente mental Filipo Arrideo, hijo de una tesalia, que a la postre acabaría sucediendo a Alejandro Magno.

El propio Alejandro, en el par de años que median entre su éxito en Queronea y la muerte de su padre, tampoco parece haber dejado de intrigar. Por entonces, aparece rodeado de un círculo de amigos, compañeros futuros de las gloriosas gestas en Asia, como Nearco y Tolomeo, que apoyan sus intereses, aunque eso les enfrentara con el rey.





**Aristóteles da clase a Alejandro.** El gran filósofo, discípulo de Platón, fue tutor del futuro rey durante tres años (cromolitografía de 1881, que ilustra la obra *La ciencia y sus hombres*).

El asesinato de Filipo, en el 336, a manos de Pausanias, uno de sus compañeros, cubrió de sospechas a Alejandro y a su madre. Los historiadores modernos –y, antes, los antiguos– siguen debatiendo entre la culpabilización de Alejandro y su exoneración. Sea como fuere, el principal beneficiario del magnicidio fue él, el único de los herederos capaz de conseguir el apoyo del ejército y de asumir el papel de vengador de la muerte de su padre.

La subida al trono de Alejandro III, en junio de 336 a.C., se produjo en medio de un baño de sangre en el que muchos de sus parientes perdieron la vida; incluso Atalo fue asesinado por orden de Alejandro y perecieron también su sobrina, la joven viuda de Filipo, y el hijo recién nacido de ambos. Aunque es arduo investigar un crimen de Estado más de 2.300 años después de los hechos, parece que Alejandro y su nuevo círculo se apresuraron a desembarazarse, no tanto de quienes hubieran podido impulsar la conjura contra Filipo, sino de los que suponían un obstáculo o un peligro para las ambiciones de Alejandro. El nuevo rey usó el magnicidio como pretexto para purgar la cúpu-

la de la corte macedonia y eliminar a todos los posibles aspirantes al trono, con excepción de Filipo Arrideo.

### Preparativos y contradicciones

Alejandro aún debería esperar casi dos años para llevar a cabo el que había sido el plan de su padre y que, a la postre, le convirtió en una de las figu-

de apariencias de humanidad, que muestran rasgos de una personalidad a veces contradictoria: por ejemplo, respetó la casa y a los descendientes del poeta Píndaro y realizó algún gesto de justicia y equidad ante los desmanes de sus soldados contra la población vencida.

Las campañas en Asia muestran esta personalidad tan contradictoria: su arrojo en el combate, poniendo en peligro su propia vida en infinidad de ocasiones y el profundo sentimiento religioso que impregnó toda su actividad, contrastan con su innecesaria crueldad y con injustificables matanzas.

El orden, la disciplina, el buen entendimiento entre Alejandro y sus compañeros de armas contrastan con las veladas de sexo y alcohol desenfrenados que solían acabar debilitando los límites que debían existir entre un rey y sus súbditos, por muy próximos que fueran éstos. Los eficientes generales de la jornada se convertían, al caer la tarde, en compañeros de borrachera del rey, y todos se enzarzaban, con fre-

## ALEJANDRO USÓ EL MAGNICIDIO DE SU PADRE FILIPO II COMO PRETEXTO PARA ELIMINAR A SUS POSIBLES RIVALES PARA LA SUCESIÓN

ras más cruciales de la Historia: la conquista del Imperio persa. Entretanto, mostraba sus dotes organizativas en las negociaciones con los griegos, en el afianzamiento de su autoridad, en la puesta a punto de su ejército... Al tiempo, avisaba a griegos y macedonios de cómo actuaría en el futuro: tras la sublevación de Tebas, la ciudad fue destruida, saqueada y demolida y sus habitantes (más de treinta mil), vendidos como esclavos. Se trataba de dar un escarmiento. Sin embargo, Alejandro acompañó su terrible decisión

cuencia, en peleas, que a veces acabaron de forma trágica.

Todo ello no es sino la muestra de una personalidad compleja, incluso, atormentada, en la que un joven inmaduro e incapaz de reprimir sus pasiones –cuyos padres no habían sido tampoco ejemplos de comportamiento adecuado– se encumbró a un poder poco regulado por instituciones fuertes y arraigadas.

Un rey macedonio era, sobre todo, un jefe militar y la fuerza y el carisma habían sido las principales herramientas

que Filipo había empleado para construir su Estado. Alejandro mostró desde muy pronto que, como jefe militar, podía ser irreprochable, como pudo verse en Queronea, y que las necesarias dosis de crueldad que necesitaba un rey tampoco le faltaban, como se vio en Tebas. Ello le dotó de carisma suficiente entre el pueblo macedonio o, lo que era casi lo mismo, entre el ejército macedonio, como para garantizarle el trono y su estabilidad. Con este bagaje, sus compatriotas le seguirían hasta donde quisiera llevarlos y, mientras la relación funcionase, a pocos les interesaría lo que el rey hiciese en sus espacios privados. Y, durante mucho tiempo, no debieron existir contaminaciones entre los dos ámbitos, el público y el privado.

### Arrogancia ilimitada

La progresión de sus conquistas hizo madurar a Alejandro: el rey optimista, paladín de los griegos, que había hecho un sacrificio, en las ruinas de Troya, a su héroe favorito, Aquiles, percibió tras la Batalla del Gránico (ver, *La Aventura de la Historia*, “El día en que Alejandro pudo morir”, nº 26, diciembre, 2000) la inmensa complejidad de la situación en Anatolia y entró en contacto con nuevas realidades políticas: en muchos sitios es aclamado como libertador y su fama se extiende más allá de su propia presencia. El episodio del Nudo Gordiano persuadió a sus contemporáneos de la sagacidad del joven rey, pero también de su determinación sin límites. La victoria en Issos le abrió el camino de Asia y eliminó todo límite a su arrogancia: una tras otra, rechaza las ofertas de paz de un Darío III que ve cómo el ímpetu de un pequeño, pero excelente, ejército barre a las miríadas de soldados desmotivados que se le oponen. El sueño de Alejandro está cada vez más cerca.

La rápida conquista de Egipto y su viaje iniciático al oasis de Siwa marcan,



**Alejandro atraviesa el río Gránico.** A partir de ese momento, entraba en contacto con las realidades políticas de Asia (Tapiz del siglo XVI, Patrimonio Nacional).

en cierto modo, un cambio en su personalidad. En medio de las arenas del desierto, Alejandro acepta su destino, a medio camino entre lo humano y lo divino. No terminaremos nunca de saber si Alejandro se creyó de veras o no que era un dios, hijo del propio Zeus, pero sin duda, a partir de entonces, actuó para que quienes le rodeaban lo creyeran.

Fue, sin embargo, la Batalla de Gaugamela –que marcará la derrota de Darío III y el comienzo de su huida a ninguna parte– la que supuso un auténtico hito en el reinado del nuevo dueño del mundo. La calculada piedad hacia la madre y familiares del rey derrotado, así como las lágrimas vertidas ante el cadáver de Darío y el castigo a sus ejecutores deben verse en clave política: eran un medio de encarnar la legitimidad

que pretendía de cara, sobre todo, a sus nuevos súbditos asiáticos.

En el episodio del incendio del Palacio de Persépolis fue, quizás, donde comenzaron a confundirse el comportamiento privado y la proyección pública de Alejandro. A principios de 330 a.C., el rey entró en Persépolis, la vieja capital persa, que simbolizaba para los griegos la humillación sufrida cuando los persas habían conquistado Grecia y arrasado Atenas. Siglo y medio después, Alejandro se tomó cumplida venganza: Persépolis fue saqueada y sus habitantes quedaron a merced de los enfurecidos soldados macedonios. En aquella orgía de destrucción y sangre, el Palacio Real –que había sido respetado por orden de Alejandro– acabó incendiándose. Se rumoreó que durante una orgía,

### CRONOLOGÍA

**356 a.C.** Nace en Pella.  
**343-340 a.C.** Aristóteles se convierte en su maestro durante tres años.  
**338.** Batalla de Queronea.  
**336.** Se convierte en



**Aristóteles**, en un manuscrito medieval.

rey tras el asesinato de su padre.

**334.** Comienza la expedición contra los persas en el continente asiático. En el invierno de 334-333, conquista Asia Menor.



Isabel de Farnesio como **Olimpiade**.

**332.** Saquea Tiro en su mayor victoria militar.  
**332-331.** Subyuga a Egipto y funda Alejandría. A su regreso, en la primavera de 331, entra en Babilonia.



**Asesinato de Filipo II**, en un dibujo del XIX.

**330.** En primavera marcha a Media y ocupa su capital. A continuación avanza hacia Asia central, donde encuentra fuerte resistencia de los escitas, a los que no



Busto de **Alejandro**, del s. II a.C.

logra vencer hasta 328.  
**327.** Intento de asesinato en Bactriana. Se casa con Roxana, hija del bactrio Oxartes. Comienza la campaña para invadir la India.



**Cercos de Tiro**, según un tapiz del s. XVI.

**326.** Cruza el río Indo.  
**323.** Muere en Babilonia tras diez días de agonía. Su cuerpo se traslada a Egipto donde se entierra en un sarcófago de oro en Alejandría.



**Buda** de inspiración helenística.



## PERSÉPOLIS EN LLAMAS

Alejandro iba en pleno día a los convites a los cuales asistían mujeres, cortesanas avezadas a vivir con los soldados más licenciosamente de lo preciso. Una de ellas, Tais, ebria también, dijo que el rey se ganaría la mayor simpatía entre los griegos si ordenaba incendiar el palacio de los reyes de Persia, y que eso era lo que esperaban aquellos cuyas ciudades habían sido destruidas por los bárbaros. Uno o dos, igualmente repletos de vino, aprobaron, en una cuestión de tanta gravedad, la ocurrencia de una cortesana embriagada. También el rey, más ávido que paciente, dijo: ¿Por qué



**Genio de las flores.** Estatua de inspiración helenística procedente de Hadda (s. III-V)

no vengamos a Grecia y le pegamos fuego a toda la ciudad? Todos estaban excitados por el vino. Así, se levantan para incendiar, bebidos, la ciudad que respetaron armados. El rey, el primero, prendió fuego al palacio; luego los convidados, los oficiales y las cortesanas. El palacio, en gran parte, estaba construido con madera de cedro: el fuego prendió rápidamente y se propagó más allá. Este es el fin que tuvo la capital de todo el Oriente, la ciudad adonde tantas gentes iban a pedir leyes; patria de tantos reyes, antiguamente único terror de Grecia". (Quinto Curcio, *Historia de Alejandro Magno*, V, 7).

Tais, una cortesana ateniense, propuso pegarle fuego para vengar el incendio de Atenas que provocó Jerjes. El propio Alejandro habría encabezado el cortejo de los pirómanos, aunque algunos autores sugieren que pronto se arrepintió y ordenó apagarlo.

### Conspiraciones en la tienda

Poco a poco, lo que ocurría al caer la tarde en el interior de la tienda de Alejandro podía acabar repercutiendo en el normal desarrollo de los acontecimientos políticos y militares. Es posible observar, también, una creciente actitud paranoica en Alejandro, que le va a hacer mucho más sensible ante las amenazas a su vida, no tanto en el campo de batalla, sino en las trastiendas del poder. La conspiración de Filotas, ese mismo año 330 a.C., muestra cómo conversaciones de alcoba, indiscreciones de cortesanas, oficiosidad de paniaguados, suscitaron un intento de rebelión protagonizado por el joven general y en el que se implicó su padre, Parmenión, uno de los viejos generales que habían servido bajo Filipo II, de lealtad acreditada. No está claro que existiera una conjura pero la ejecución del padre y del hijo, así como de otros macedonios de relieve, muestra la presión a que se veía sometido Alejandro. Poco después, fue ejecutado Alejandro de Lincéstide,

miembro colateral de la familia real, que llevaba tres años encarcelado, también acusado, sin demasiadas pruebas, de haber conspirado contra el rey.

El caso de Clito es aún más sorprendente, porque afectaba a un íntimo amigo que, incluso, le había salvado la vida en el Gránico. La muerte de Clito fue absurda, fruto de un cúmulo de circunstancias lamentables: el alcohol, el orgullo desafiante del rey y su comportamiento, cada vez más sombrío y más proclive a exhibir sus propias aprensiones durante los banquetes con sus amigos. Durante unos de ellos, en plena francachela, después de haber bebido grandes cantidades de vino, Clito, tan borracho o más que Alejandro, reclamó su condición de hombre libre para decirle al rey lo que quisiera. Alejandro, enfurecido, intentó golpearle con una manzana, echando a continuación mano de su espada, que un guardia le había retirado por precaución. Al no hallarla, tal vez pensó que había sido objeto de una traición, por lo que llamó, en dialecto macedonio, a sus guardias personales, que acudieron en tropel, al tiempo que, fuera de sí, golpeaba al corneta por tardar en dar la orden. Los comensales trataban de calmar a uno y a otro, Clito, que seguía gritando, fue sacado de la estancia, aunque volvió a entrar por otra puerta, momento en el que

Alejandro, que se había hecho con una lanza, atravesó a su amigo. Parece que el arrepentimiento del rey fue inmediato, ya que intentó suicidarse.

Por más que Alejandro lamentase siempre la muerte de Clito, el verdadero carácter del rey se iba revelando poco a poco y cuando, al año siguiente (327 a.C.), un grupo de pajes parece que intentó asesinarle en Bactriana. La represión fue terrible y alcanzó al propio historiador Calístenes, sobrino de su maestro Aristóteles, por haberse mostrado algo crítico con el rey. Es muy probable que Alejandro escapase a la muerte la noche en la que los pajes pretendían asesinarlo porque la pasó íntegra de francachela con sus amigos; según algunos autores, una adivina le aconsejó que pasara así esa noche, lo que Alejandro aceptó complacido.

### Entre el sexo y el vino

Respecto a la sexualidad de Alejandro, muchos autores, sobre todo novelistas, han fabulado sobre las posibles preferencias homosexuales de Alejandro, pero son escasos los testimonios al efecto. Es cierto que mantuvo desde muy joven una estrechísima amistad con Hefestión, que tenía su misma edad y que llegó a ser su mano derecha. A su muerte, en 324 a.C., le dedicó unos funerales extravagantes, honrándole, incluso, como a un héroe. A partir de la información existente no puede aceptarse o negarse que fueran amantes, pero no es extraño que Alejandro sintiese, como poco, un gran afecto por una persona que había



**Alejandro con el cadáver de Darío,** con cuya hija se casó para obtener legitimidad entre los persas. Miniatura persa del siglo XVI.

estado a su lado desde la pubertad. En el mundo griego, la homosexualidad masculina no era extraña. El propio Filipo había tenido amantes masculinos y en el entorno de Alejandro había relaciones de este tipo, que originaron en ocasiones profundos celos y enemistades, apareciendo como trasfondo en algunos de los complots para acabar con su vida, como, por ejemplo, en el de Filotas y en la conspiración de los pajes.

Alejandro se casó con varias mujeres a lo largo de su vida y tuvo varias amantes así como, según algunos autores antiguos, un auténtico harén, compuesto de tantas mujeres como días del año, de entre las que elegiría, aunque no con demasiada frecuencia, compañía nocturna.

Una de sus esposas legítimas fue Roxana, hija del bactrio Oxiartes, con la que parece haberse casado por amor en el 327 a.C., y que debió ser la principal de ellas. Debe recordarse, también, la espléndida ceremonia celebrada en Susa, en la que contrajeron matrimonio con mujeres asiáticas diez mil de sus soldados. Alejandro aprovechó la ocasión para casarse con Barsine (o Estatira), hija mayor de Darío y con Parisátide, hija menor de Artajerjes Oco.

La más notable de sus amantes podría haber sido, al menos según sus admiradores propalaban, la propia reina del fabuloso pueblo de las Amazonas.

Con estas mujeres tuvo varios hijos: Heracles, con Barsine; con Roxana tuvo al menos dos, uno que murió al poco de nacer y otro, póstumo, que con el tiempo sería el rey Alejandro IV, de triste final, pues fue asesinado en 309 a.C. con sólo catorce años. Quizá su error fue esperar varios años hasta casarse, desatendiendo los consejos de algunos de los generales de su padre, lo que provocó, a su muerte, el conflicto de intereses entre sus generales que condujo a la división de su imperio.

### División de opiniones

Los autores de todas las épocas según sus intereses y sus percepciones, han tratado de minimizar o acentuar los rasgos negativos del carácter de Alejandro. Ni los antiguos ni los modernos podían ignorar la enormidad de su labor política y por ello unos tratan de reducir a la persona, mostrando las



**Alejandro Magno en el Templo de Jerusalén,** óleo de S. Conca, encargado por Felipe V hacia 1736. El primer Borbón español buscó una identificación simbólica con el rey macedonio.

partes más discutibles de su carácter, mientras que otros, que tampoco podían dejar de silenciar sus excesos, le buscan justificaciones.

En esta tensión historiográfica, sus presuntas o reales inclinaciones sexuales y el abuso del vino salen siempre a relucir. Esto tiene especial relieve sobre todo en lo concerniente a su afición a la bebida. Incluso la noche antes de sentirse enfermo del mal que le llevaría en pocos días a la tumba, había estado bebiendo copiosamente en una fiesta y parece, además, que cuando empezó a sentirse mal siguió bebiendo para intentar curarse.

Si Alejandro era un alcohólico o no, es difícil de juzgar. Tal vez sí para nuestros parámetros, pero quizá no demasiado para los de los antiguos. Sí es cierto, sin embargo, que como importante desinhibidor, Alejandro daba mucha más rienda suelta a sus pasiones cuando había ingerido vino.

No puede, sin embargo, achacarse sólo al vino el carácter de Alejandro. Era heredero de un trono hacía poco consolidado sobre un país pequeño y pobre, que de pronto, de victoria en victoria, se encontró dueño del viejo imperio persa, con una milenaria tradición de obediencia ciega al gobernante. Aclamado como salvador y libertador en Egipto, considerado un elegido

por los dioses, rodeado del suntuoso ritual cortesano oriental, pudo terminar creyéndose lo que decían de él.

Por las noches, rodeado de sus amigos, en franca camaradería, bebería confiado, pero tal vez nadie se atreviese ya a tratarle como a un igual y, cuando alguien lo hacía, se arriesgaba a que el ego superlativo del rey, empaado en vino, le enfureciese hasta el punto de perder el control. Pero, en todo caso, ¿quién podía atreverse a retar a un dios sin sufrir su ira?

Sólo en masa se podía intentar contrariar a Alejandro y así lo hicieron sus tropas amotinándose en el Hifasis, finalizando así la incesante marcha hacia el Oriente y, un par de años después, en Opis, contra la progresiva orientalización de Alejandro. Todavía los macedonios, hombres libres, mostraron que, siempre que ellos quisieran, seguirían al rey a donde éste quisiera llevarlos pero que, si se negaban, ni tan siquiera el Gran Alejandro podría quebrantar sus voluntades. Este Alejandro público, que acaba brindando con sus hombres por la concordia entre el rey y su ejército y que gozaba de su cariño, hacía ya tiempo que se había desdoblado en el Alejandro de los espacios privados, temeroso y soberbio, inseguro y endiosado, griego y asiático, hombre y dios, Historia y mito.



# Alejandro, EL DIVINO

Dio alas al helenismo, tanto por la inmensidad de sus conquistas como por la adopción de ideas y modelos de los reinos sometidos.

**MANUEL BENDALA** traza el perfil ideológico del monarca macedonio



Un soldado de Alejandro combate con las amazonas, en una escena pintada en un sarcófago de Tarquinia (Florencia, Museo Arqueológico).

**S**i alguien reinó después de morir fue, sobremanera, Alejandro de Macedonia, eterno en su dimensión de modélico personaje histórico y de leyenda. El tópico y la realidad se confunden a la hora de evocar su figura desmesurada en su estricta realidad histórica y, más aún, de la percepción que de ella se tuvo y se tiene, aumentada por la lupa de una inusitada mitificación. El hecho es que las consecuencias históricas de su vida y de su obra se deben tanto a la realidad que fue como a la imagen percibida por sus contemporáneos y, no diga-

**MANUEL BENDALA GALÁN** es catedrático de Arqueología, UAM.

mos, por los que después siguieron recordándolo.

Conocida su peripecia histórica, asentada en su sobresaliente empresa militar y la organización de los territorios conquistados, se trata ahora de delimitar sintéticamente los rasgos esenciales de sus concepciones ideológicas y políticas, con punto de partida en una rápida mirada a la situación histórica en que pudieron desarrollarse su proyecto y su obra. Es bien sabido que el siglo V a.C., la época del máximo esplendor de una Grecia liderada por Atenas, se cerró con la terrible Guerra del Peloponeso, en la que se enfrentaron crudamente Atenas y Esparta, al frente de sus respectivas coaliciones de

ciudades. Chocaban dos concepciones distintas de la *polis*, pero lo que resultaba más evidente era la crisis global e irreversible de la misma como sistema político sensato para el presente y válido para el futuro. La grandeza del espíritu griego, forjada sin duda en el marco de la ciudad, se compadecía mal con una estructura política compuesta de Estados minúsculos, en la que todos se miraban a todos como enemigos potenciales o reales.

La historia de Grecia está marcada por continuas guerras interpolitanas, pese a la conciencia generalizada de que compartían un patrimonio cultural común, la misma lengua, y a sentirse hermanos frente al mundo bárbaro

exterior. Los cultos y juegos panhelénicos, las anficionías, lubricaron algo las fricciones entre los Estados ciudadanos, pero no bastaron para evitar que, a la postre, el desgaste fuera insuperable. La cortedad de miras era tanto más grave si se tenía en cuenta el acoso exterior, especialmente del poderoso Imperio persa. La mezquindad de la *polis* alcanzó su cota más trágica cuando, a partir de la Guerra del Peloponeso, unas ciudades y otras se disputaron la alianza de Persia para afirmarse frente a sus vecinas. De enemigo tradicional a batir, Persia se erigió en árbitro de las luchas intestinas entre las *poleis* griegas.

Había que buscar salidas a la grave situación, pero carentes los pequeños

Estados griegos de capacidad para mover los resortes de la propia recuperación, la iniciativa correría a cargo de Macedonia, una potencia extranjera lo suficientemente próxima para actuar como griega, y lo suficientemente distinta como para acabar con la tradicional atadura de ver en el sistema de la *polis* la única fórmula política aceptable. Era la postura mantenida, ya casi agónicamente, por Demóstenes en Atenas: con una actitud entre terca y románticamente idealista, pretendió frenar la acción imparable de Filipo y, muerto éste, de su hijo Alejandro.

Es cierto que la postura del célebre orador ateniense no era ya compartida por la generalidad de los griegos, y en

el pensamiento de los más selectos había anidado con fuerza la idea de que era necesario acabar con los límites y con las limitaciones de la *polis* y dar al panhelenismo contenido político, unir a los griegos y eliminar el peligro de las potencias extranjeras. Así ocurrió en el círculo de los seguidores de Sócrates, entre pensadores de la talla de Platón, Jenofonte o Isócrates. Este último fue el más encendido defensor de las esperanzas que despertaba el liderazgo de Filipo. En palabras de Werner Jaeger, "Isócrates vió en la nueva estrella ascendente del rey Filipo de Macedonia, en quien los defensores de la *polis* veían un signo funesto, todo lo contrario, la luz de un







Algunos griegos ya vieron en **Filipo II de Macedonia** el hombre que debía llevar a buen término la idea panhelénica.

porvenir mejor, y saludó en su *Filipo* al gran adversario de Atenas, como el hombre a quien la *tyché* había conferido la idea de realizar su idea panhelénica. Él asumiría ahora la tarea de conducir a todos los Estados griegos contra los bárbaros, que en otro tiempo, en el *Panegírico*, asignara Isócrates a Atenas y a Esparta”.

Estaban dadas las condiciones que podían hacer factible el plan de Filipo, continuado por Alejandro: inmediatamente se propusieron devolver a los griegos su supremacía apagando el fuego de las luchas internas —se concluyó con la victoria de ambos sobre los atenienses en Queronea, en 338

a.C.— y retomando la guerra contra Persia como vehículo de cohesión y engrandecimiento helénicos, la gran empresa de Alejandro.

### Panhelenismo e imperialismo

El panhelenismo cobró con Alejandro dimensiones extraordinarias, no sólo por la asombrosa extensión geográfica de sus conquistas, sino, además, por la puesta en ejercicio de una nueva dialéctica entre lo griego y lo bárbaro. La barrera entre civilización y barbarie se derrumbaba a golpes de una mentalidad más abierta, la propia de griegos que, ante la crisis interna de la *polis*, se asomaron al exterior con actitud más comprensiva y receptiva; no era el caso aferrarse a la ponderación de los patrones helénicos y tachar todo lo exterior de bárbaro. Alejandro fue adalid de esta corriente, auspiciada por sus propios orígenes en una helenidad periférica, y en la que tenía perfecta cabida, sin embargo, una indisimulada admiración por los valores griegos y por Atenas como su principal depositaria.

Está bien constatada una progresiva apertura a la posibilidad de incorporar concepciones ideológicas y políticas extrañas a las griegas, que se haría extensiva a una también progresiva incorporación de persas a los puestos políticos y organizativos del gran Esta-



Cabeza de Alejandro, tocado con **los cuernos del dios Amón**, en una tetradracma de 297-281 a.C.

do que iba configurándose conforme avanzaban sus éxitos militares.

Se observa un hito a raíz de la Batalla de Gaugamela, en el 331, decisiva para sus aspiraciones de imposición sobre el imperio de Darío. La determinante victoria hizo que fuera Alejandro proclamado Rey de Asia, el verdadero Gran Rey, de modo que cuajaba la idea de que no sólo era vencedor de Darío sino heredero legítimo de su Imperio por derecho de conquista. Si en la primera etapa de su extensión militar y política dejaba las tierras conquistadas al mando de macedonios, a partir de ahora decidirá con frecuencia mantener o designar a nobles persas para el gobierno de sus

circunscripciones o satrapías, como hizo con el sátrapa Satibarzanes, confirmado en su puesto tras ofrecerle éste su sumisión como nuevo Gran Rey.

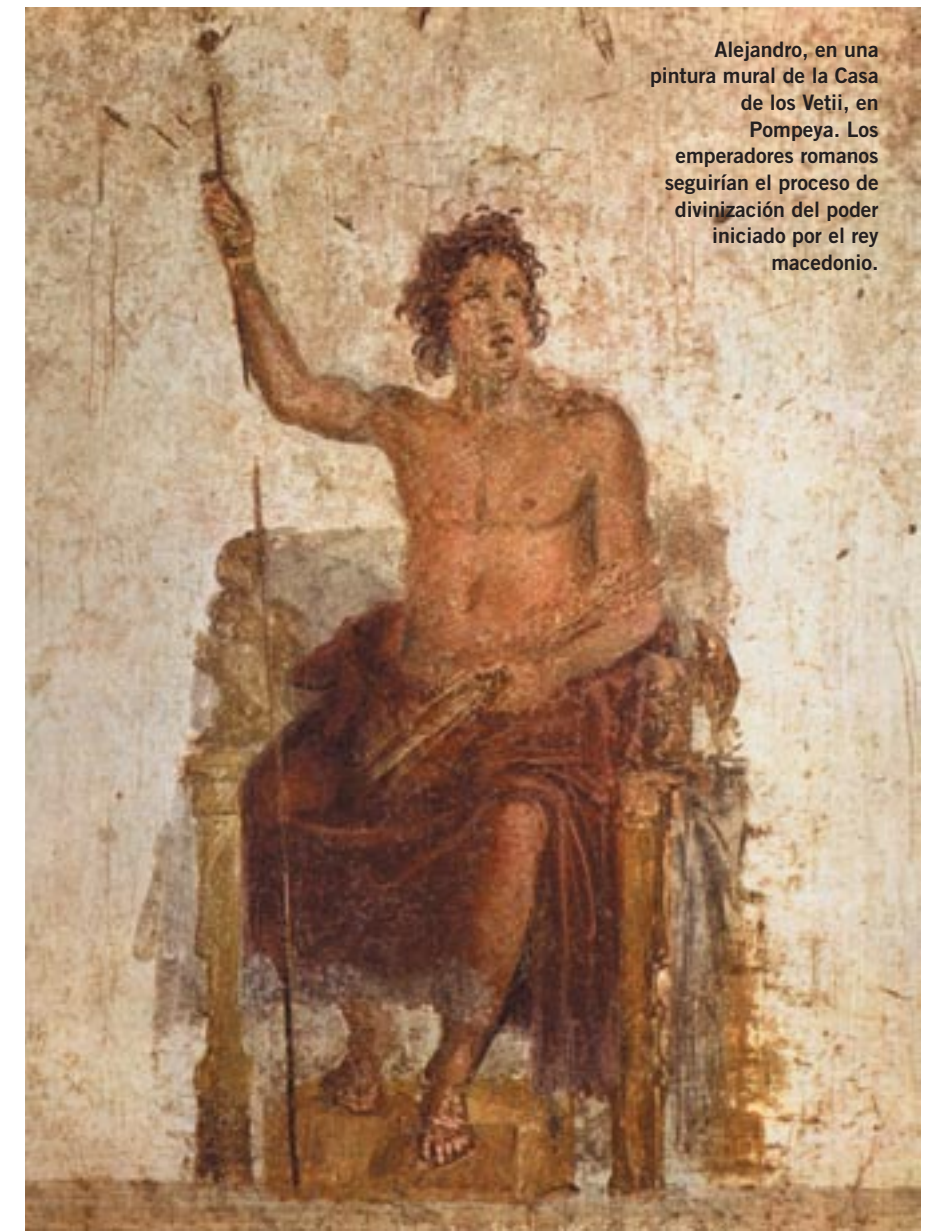
Menudearon, además, los gestos por los que Alejandro pretendía dar cuenta de su nueva condición, entre ellos la adopción de ropas y signos característicos de la corte persa como la diadema, la túnica de rayas blancas y el cinturón, combinada con prendas propias de la tradición macedonia.

Dio, también, al círculo de sus compañeros ropas escarlata características de los cortesanos persas e introdujo entre ellos a nobles de extracción persa entre los que llegó a figurar Oxitres, hermano del rey Darío. Era toda una declaración de su propósito de presentarse como relevo del poder y de la corte del Gran Rey, asistido por la propia nobleza persa, incluidos sus más altos dignatarios.

Las concepciones de Platón, sobre la distinción y la relación de superioridad de griegos respecto de los bárbaros, o los consejos del mismo Aristóteles sobre la conveniencia de imponerse a los griegos mediante la hegemonía y a los bárbaros con el despotismo, quedaban matizados o superados por una nueva corriente de simpatía, aproximación o aprovechamiento de formas elevadas de cultura “bárbara” como la persa, que los hechos invitaban a contemplar con otros ojos. Alejandro iba abriéndose a una nueva y mejor disposición hacia los persas y sus formas de manifestarse, de hacer o de gobierno, en lo que se mostraba deudor de pensadores muy señalados en esa actitud, como Jenofonte. El famoso autor de la *Anábasis* era admirador del mundo persa y enaltecedor de sus caudillos; y, aunque considerara al griego superior al bárbaro por su capacidad de iniciativa o por su sentido de la responsabilidad, el contacto con los persas le hizo verlos como depositarios también de una cultura superior.

### El soberano divinizado

Una de las más importantes expresiones de la apertura a concepciones orientales, y también de asociación a propias tradiciones —de fusión, en suma, de ideas ajenas y propias—, tiene que ver con la faceta más destacada de la nueva monarquía encarnada por Alejandro: su controvertida diviniza-



Alejandro, en una pintura mural de la Casa de los Vetii, en Pompeya. Los emperadores romanos seguirían el proceso de divinización del poder iniciado por el rey macedonio.

ción. No hay que olvidar que Alejandro era un rey macedonio, lo que significa un poder arcaizante en el ámbito de la propia Grecia, mantenido en zonas periféricas como Macedonia cuando en el corazón de la Hélade las principales ciudades habían optado por formas de poder representativo, controlados por órganos colegiados y democráticos.

En Macedonia seguía vigente el poder monárquico, creyente en la rai-gambre divina del soberano, algo habitual, por lo demás, en la tradición de las viejas monarquías mediterráneas. En el caso de Alejandro, su genealogía lo hacía entroncar con dos linajes divinos: el de Zeus, por línea materna, a través de Aquiles, de quien se tenían

por descendientes los miembros de la casa real de Épiro, a la que pertenecía su madre, Olímpíade; y por línea paterna, la dinastía macedonia de los Argeadas consideraba a Heracles su antecesor divino.

Seguramente Alejandro se tomó muy en serio su filiación divina y muchas de sus actitudes se deben a que se sentía o querer hacerse ver como continuador y aún superador de sus ancestros divinos, como el mismo Heracles.

Su singladura militar y política, la estancia en Egipto y Oriente, daría a este punto de partida una nueva dimensión. El perfil divino del faraón y de los soberanos orientales se presentaba como una referencia muy sugestiva y apro-

## ESPEJO DE ROMA

La *imitatio Alexandri* fue una clave en la configuración de Roma como potencia imperial y en la fijación de los modelos en que se miraron sus dirigentes. Es bien conocida la anécdota referida a César cuando, designado cuestor de la Hispania Ulterior, se llegó hasta su célebre santuario gaditano de Melkart-Hércules y, al ver la imagen que en él se hallaba del divino Alejandro, rompió a llorar lamentándose de que no había hecho aún nada memorable a la edad en que Alejandro había sometido al mundo (Suet., Iul., 7). Antes de él, los grandes líderes que en los siglos finales de la República pugnaron por hacer de Roma una potencia helenística, entre ellos los ilustres militares y políticos de la familia de los Escipiones, tuvieron a Alejandro y su obra como modelo. El poderoso Pompeyo Magno se hizo retratar de modo que su peinado re-

cordara el de Alejandro, aunque su redondeado y poco estilizado semblante no se prestara a extender los parangones más allá.

A los grandes *triumphatores* que forjaron el Imperio, Alejandro les proporcionaba un modelo insuperable de la *virtus* —un compendio de todas las virtudes, de fortaleza moral y física, propio de los grandes líderes— en el importante papel de jefes del ejército, de garantes de la seguridad colectiva. Augusto utilizó tal parangón en grado sumo. En su Foro de Roma, dedicado a exaltar de forma genérica la *virtus* imperial, en una gran estancia al fondo del porticado izquierdo, hizo colocar dos cuadros de Apeles, el pintor de Alejandro. En uno de ellos aparecía junto a Cástor y Pólux con la Victoria; en el otro se representaba una imagen de la Guerra con las manos atadas a la espalda y, en un carro, Alejandro triunfante. Lo cuen-

ta Plinio, quien añade que, después, el emperador Claudio sustituyó en los dos cuadros el rostro de Alejandro por el de Augusto.

Tiempo después, el constante recurso a la figura de Alejandro para dar vigor al poder de los emperadores tiene uno de sus episodios principales en la romántica recuperación de su culto en tiempos de los Severos: reintroducido por Septimio Severo y fervorosamente fomentado por Caracalla, que quería presentarse como un segundo Alejandro, y más aún por Alejandro Severo. Es seguramente en este ambiente en que se escribió, por obra de un alejandrino anónimo, conocido como el Pseudo Calístenes, la famosa y fantástica *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* (puede verse la versión española de C. García Gual, con amplia introducción, en Biblioteca Clásica Gredos, 1, Madrid, 1977, reimp. en 1988).





Estatua de Alejandro del templo de Amenofis III. Su visita al oráculo de Amón en Siwa fue el primer paso para convertirse en rey-dios.

piada al afán de elevar el poder personal al nivel de una autoridad absoluta, punto de apoyo inmejorable al sueño de un Imperio universal; y las victorias sobre Egipto y Oriente hacían aparecer a Alejandro como su legítimo heredero.

Su visita al oráculo de Amón, en el oasis egipcio de Siwa, señala un hito decisivo en sus propósitos de convertirse en rey-dios. Aparte de que con ello emulaba a Heracles y a Perseo —de los que se decía que habían visitado el oráculo en el tiempo mítico— Alejandro lograba la proclamación de su filiación divina al ser saludado por los sacerdotes del lugar como hijo de Amón, que por su identificación con el Zeus venía a significar la ratificación de su carácter de hijo del padre de los dioses griegos como miembro de la dinastía real macedonia.

Los análisis de este famoso episodio coinciden en que Alejandro ambicionaba ratificar solemnemente su naturale-

za divina, asentarla en la sanción de prestigio que representaba la salutación de los sacerdotes egipcios. Era, en cualquier caso, un deliberado propósito político e ideológico que se acentuó progresivamente en su corta biografía.

### Un beso más pobre

Una de sus expresiones al respecto, fue la controvertida exigencia del gesto de postración ante él, la *proskynesis* oriental, en la que muchos de sus próximos vieron una afrenta, una identificación con los dioses inaceptable para un griego y su concepto de la libertad y la dignidad en la relación entre hombres. Sólo ante los dioses cabía postrarse, aun-

que, por bastantes indicios, también Alejandro quedaba íntimamente asociado como receptor de un verdadero culto en vida. En la misma Atenas, el propio Demóstenes parece que propuso, pese a sus reservas iniciales, que Alejandro recibiera honores divinos, con indicios tan elocuentes como ser acusado después de haber propuesto la dedicación de una estatua a Alejandro como *theos aniketos*, dios invencible. Tras su muerte aparecerá en las monedas con atributos de dios, principalmente los cuernos de Zeus-Amón.

No era el primer caso de divinización en el ámbito griego. Lisandro recibió honores divinos tras la Batalla de Egos-

## LAS URBES FUNDADAS POR ALEJANDRO SE CONVERTÍAN EN LA MÁS CONTUNDENTE EXPRESIÓN DEL PODER DEL SOBERANO

que para un oriental, el gesto resultaba apropiado como expresión de respeto ante los superiores. Es bien conocida la pública y sonora oposición a postrarse ante Alejandro de su biógrafo Calístenes de Olinto, que aunque admitiera su condición sobrehumana, su participación de la naturaleza divina, era cosa distinta a aceptar que fuese un dios y que hubiese de ser tratado como tal. El episodio de la rebeldía de Calístenes, de su negativa a postrarse ante Alejandro en el curso de un banquete, termina con la anécdota de que, rechazando Alejandro el beso con el que el escritor respondía a la postración de los demás, Calístenes se retiró diciéndole que se quedaba un beso más pobre.

Todo indica que Alejandro fue ratificándose cada vez más en la convicción de que era dios, para cuyo entendimiento hay que volver a insistir en la importancia de su presencia en Oriente, en su condición de heredero del Gran Rey, en el peso de la corte de aduladores que debió atizar una mentalidad predisuelta a ello por la cuna y por una obra que podía presentarse como la inmensa labor civilizadora, ordenadora del mundo, que sólo los dioses, como Heracles, podían acometer.

Al final de su vida, la muerte de su amigo Hefestión le impulsó a dar un paso definitivo: la imposición de su culto como héroe, una divinización a la

pótamos, a fines del siglo V a.C., y una consideración rayana en la divinidad alcanzó Filipo. Pero Alejandro y su divinización significaron un hito decisivo en la concepción divina del soberano, en un momento en que las estructuras políticas del mundo englobado en la *koiné* griega caminaba definitivamente hacia la formación de Estados de vocación universal, uno de cuyos elementos aglutinadores fue la autoridad absoluta del soberano, a la que le interesaba adquirir el rango de indiscutida sobrehumanidad que la divinización otorgaba.

La influencia en los reinos helenísticos en el Imperio Romano y, después, en todas las formas de poder imperial que se escalonan en la Historia con la poderosa referencia modélica de Roma —desde Carlomagno a Napoleón— será enorme, y ese es una de los parámetros que hacen excepcional la figura histórica de Alejandro.

### La fundación de ciudades

Es imprescindible subrayar, también, la importancia de la creación de ciudades en la concepción imperial, política y hegemónica de Alejandro. “Nadie ha superado la reputación de Alejandro como fundador de ciudades”, asegura A. B. Wosworth. Esas fundaciones, según Plutarco, llegaron a setenta, una cifra tan desmesurada como expresiva, que subraya la importancia



Plano de **Alejadria de Egipto**, la principal de las muchas Alejdrias con las que salpicó y estructuró su Imperio y que difundieron extraordinariamente la cultura helenística.

que en su proyecto político tenía esa particular actividad.

Son muchas las razones que explican este afán fundacional. En principio, la ciudad era la fórmula básica de organización económica, militar y política de los territorios dominados; sobre ella se vertebraba la compleja estructura del estado. La ciudad, en su acepción de urbe o centro urbanístico, era también el referente principal del paisaje civilizado ajustado al modelo de cultura que se trataba de robustecer y de extender a los territorios hasta entonces bárbaros. Su ajeño prestigio, como expresión de la capacidad creativa de los reyes y poderosos, se ponía al servicio

de una estructura de poder que requería de signos que lo expresaran y de ambientes adecuados a su escenificación. La capacidad arquitectónica y urbanística griega, estimulada por la grandiosidad de los centros orientales, dio alas a una urbanística y una arquitectura helenísticas de altos vuelos. Las urbes fundadas o potenciadas entonces, en sus poderosas murallas, en los grandes edificios cívicos y religiosos, en sus avenidas, servicios e instalaciones, se mostraban acordes con la magnitud y la riqueza del estado al que pertenecían. Se convertían en metáforas cualificadas de su propia entidad urbana y, qué duda cabe, en la más

contundente expresión del poder del soberano que las fundó o construyó.

La Alejdria de Egipto fue la principal fundación de Alejandro, símbolo de las muchas otras Alejdrias con que salpicó y estructuró su inmenso Imperio. Y bastaría evocar su nombre para tener conciencia de una ciudad que emuló a su propio fundador como símbolo de la civilización a la que pertenecía, objeto, además, de una idealización que tuvo igualmente consecuencias enormes como referencia modélica para el futuro.

Pero volviendo al perfil divino del soberano, las ciudades tenían en Grecia la poderosa tradición de propiciar la veneración del fundador, sin duda por la importancia concedida a la ciudad como expresión del cosmos ordenado que la civilización representaba. Potenciar la función y la capacidad fundadora era asegurarse una proyección al plano divino, a la eternidad del recuerdo y la veneración ciudadanas, que se agrandaba con la magnitud misma de las soberbias ciudades helenísticas, entre las que Alejdria constituía un paradigma insuperable. Sin duda que pesó también en Alejandro el propósito de asegurar su divinización si la asociaba a la fundación de ciudades. Tal divinización se ratificaba por la propia denominación de las ciudades, que sustituían como soporte eterno a la limitada y perecedera naturaleza humana.

### Modelo a seguir

Alejandro, en fin, forjó una forma de estado distinta al sistema de la *polis* y distinta, también, de la monarquía macedónica. Era una monarquía de nuevo cuño, que aprovechaba la concepción de la realeza oriental y la estructura tradicional del Imperio persa, al tiempo que aceptaba la heterogeneidad de fórmulas coexistentes, un fenómeno que volverá a repetirse después en el nuevo ensayo de Imperio universal liderado por Roma.

Su proyecto quedó interrumpido por su muerte, y su gran Imperio, segregado en una multitud de Estados. Pero el modelo y sus virtualidades estaban dados, y el sueño de Alejandro de un Imperio universal se haría historia bajo la égira de otros protagonistas, por gentes que siempre lo recordaron como un modelo a seguir.

## UNA NUEVA HISTORIOGRAFÍA

La historiografía moderna, tan embaucada por el atractivo de su excepcional personalidad como la antigua, le ha dedicado multitud de estudios, con el balance de una lista abrumadora de títulos. Resulta, a estas alturas, un personaje familiar, aunque siempre quedan —y quedarán— aspectos que descubrir y reconsiderar. Por ejemplo, algunas modernas líneas de investigación han tratado de alumbrar facetas poco conocidas, como la percepción y la valoración de Alejandro y de su obra, no desde el punto de

vista occidental, donde se sitúa la historiografía clásica, sino desde el oriental, desde donde lo miraron los pueblos conquistados, sean persas o indios, y los resultados son tan interesantes como limitados, debido a la parquedad de las fuentes disponibles. Una reflexión reciente, con bibliografía al caso, la proporciona A. Guzmán: “Alejandro desde el Oriente”, en F. Gascó y J. Alvar (eds.), *Heterodoxos, reformadores y marginados en la Antigüedad Clásica*, Universidad de Sevilla, 1991.



# Espejo de generales

# EL GENIO DE LA GUERRA

Nadie logró más victorias que Alejandro. Nadie conquistó tanto con menos medios. Pero **FERNANDO QUESADA** advierte que su forma de combatir en primera línea era poco práctica y demasiado arriesgada; cometió muchos errores de los que le salvaron su valor, su magnífico ejército y sus generales



Con cinco filas de puntas de *sarissas* proyectándose por delante de la formación, la falange macedonia ofrecía una imagen de fuerza irresistible y rara vez llegaba al contacto con los enemigos que, habitualmente, huían antes del choque.

**A**lejandro ha sido a menudo comparado con otros grandes generales de la Historia, como Aníbal o Napoleón. Y en varios sentidos la comparación es adecuada: estos grandes capitanes obtuvieron victorias espectaculares en condiciones de inferioridad y gozaron de ese *ojo* táctico inigualable, ese sexto sentido o intuición que les permitía captar el momento crítico de las batallas.

Sin embargo, una de las principales y más significativas diferencias entre el generalato de Alejandro y el de otros grandes capitanes es su costumbre de combatir en primera línea, normalmente al frente de la *ile basilike*, su guardia personal de caballería. Esta forma de *liderazgo heroico*, en afortunada termi-

nología de John Keegan, sin duda aumentaba el carisma del rey entre sus tropas, pero también constituía un problema. Por un lado, ponía en riesgo una y otra vez la vida del macedonio, y sus sucesivas heridas y escapatorias por los pelos así lo prueban. Alejandro fue herido en una campaña balcánica antes de partir a Asia; estuvo a punto de morir en el río Gránico, nada más comenzar su expedición asiática, y sólo la oportuna intervención de Clito *el Negro* le salvó la vida. Fue herido de nuevo sucesivamente en Isos, ante Gaza, en las montañas de la Bactriana, frente a los Aspasio y ante Masaga, en el Indo,

**FERNANDO QUESADA SANZ** es profesor titular de Historia Antigua, UAM.

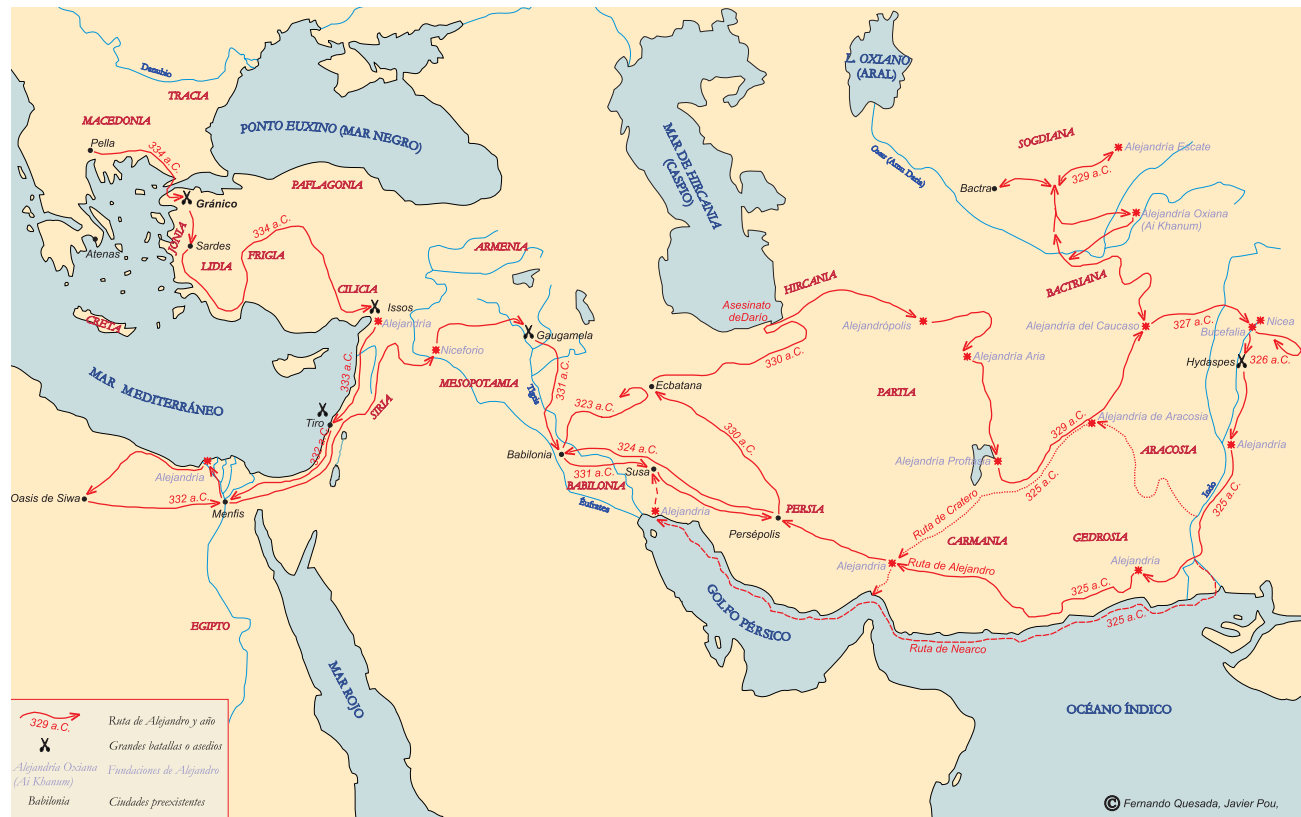


## LA GRAN MARCHA

En el año 334 a.C., y tras haber concluido la conquista de las ciudades griegas que comenzara su padre Filipo, Alejandro III Magno cruzó el Helesponto, abanderando el concepto de helenidad contra el Imperio Persa, que se percibía ya como un gigante con pies de barro. La confianza del ejército macedonio se afianzó gracias a una primera victoria casi en la misma frontera, junto al río Gránico (ver *La Aventura de la Historia* 26, “El día que Alejandro pudo morir”, diciembre 2000). Alejandro avanzó entonces por Anatolia y, tras las puertas de Cilicia, venció por vez primera en Isos al mismo Gran Rey Darío. Marchó luego hacia el Sur, asegurando la costa fenicia tras un feroz asedio de la vieja Tiro (333-332). En lugar de volverse hacia

el corazón del Imperio Aqueménida, el macedonio conquistó primero Egipto, donde los sacerdotes del templo de Amón en el oasis de Siwa, le recibieron como a un dios. Sólo entonces, gozando de la sanción divina de su condición sobrehumana, se dirigió Alejandro hacia Mesopotamia y, en otoño del año 331, triunfó definitivamente en la gran Batalla de Gaugamela. Darío moría poco después, y el inmenso reino aqueménida yacía a los pies del conquistador. Pero Alejandro no estaba dispuesto a detenerse allí: poseído de una energía entre demoníaca o divina, arrastró a su agotado ejército siempre hacia el Este, hacia regiones de nombre cada vez más exótico y más alejadas de la Hélade: Hyrkania, Aracosia, Bactria, Sogdiana... Por el camino fundó

numerosas *Alejandrodrías*, ciudades griegas bautizadas con su nombre, que serían focos de civilización helenística en los siglos por venir, incluso en lo más remoto de Asia. Llegaron así los macedonios al Indo, viniendo en el Hydaspes (326) a nuevos ejércitos y reyes. No le fue posible ir más allá: los generales y soldados macedonios querían descansar, gozar de lo obtenido y regresar a regiones conocidas. Alejandro se vio forzado a regresar a Babilonia, donde falleció exhausto un día del mes de junio de 323 a.C., once años después de haber cruzado el Helesponto para cumplir un sueño. Dejaba un legado envenenado, un reino de cinco mil kilómetros que nadie podría mantener unido: comenzaba la época de los espadones.



y finalmente en Multan en 325, donde estuvo a punto de morir a causa de una gravísima herida en el pulmón, cuando quiso tomar casi en solitario una ciudad enemiga. Su muerte en batalla en lo más profundo del Imperio Persa hubiera podido acarrear la desintegración y aniquilación del ejército y la destrucción inmediata de su obra.

Por otro lado, desde el momento en que un general entra en combate personal, pierde el control global de la batalla. Es un testimonio palpable de la disciplina de su ejército, de la eficacia de su cadena de mando, y de la competencia de generales como Parmenio, que en Isos o Gaugamela la victoria no se trocara en derrota por la im-

petuosidad del rey. Un Napoleón o un Aníbal, por no hablar de Escipión o Wellington, eran generales mucho más fríos, que sólo se ponían en riesgo físico si era absolutamente indispensable.

Con todo, es también evidente que en el momento en que Alejandro se lanzaba a la carga al frente de su escuadrón, había reconocido el terreno,

consultado a sus generales, tomado todas las disposiciones posibles y calculado con precisión los riesgos. No era uno de esos soldados de caballería de hermosos rizos, de quienes se decía que tenían el cerebro entre las orejas de su montura: era, por el contrario, un táctico de primerísima magnitud.

### Los errores del general

En todo caso, si la excepcional visión táctica del rey es innegable, podrían arrojar algunas sombras sobre su estrategia. Así, antes de Isos, Darío III consiguió desbordarlo, capturar sus hospitales de retaguardia, y colocarse a caballo de la línea de comunicación del macedonio. Sólo la eficacia de su ejército, una táctica adecuada y su valor personal sacaron a Alejandro de una situación potencialmente muy apurada. Por otro lado, si la conquista de Tiro y Gaza tenían la clara justificación de cancelar la amenaza naval persa, la expedición a Egipto carecía de sentido estratégico. Si caía Mesopotamia, las áreas periféricas lo harían también. Durante su expedición en busca de la divinidad que le conferiría el dios Amon, los persas hubieran podido causar graves problemas en su retaguardia. Sólo razones de índole personal, más que política o militar, impulsaron a Alejandro a semejante desvío.

La terrible travesía del desierto de Gedrosia, en 325, tampoco puede juzgarse un modelo de planificación, ya que fallecieron probablemente más macedonios que en todas las batallas hasta entonces libradas.

Donde el genio militar de Alejandro brilla a mayor altura, junto a su capacidad táctica, es en su carác-

ter de conductor de hombres, capaz de motivarlos y arrastrarlos más allá de sus propios límites. El ejemplo de su bravura personal en batalla fue una de las razones, pero no hubiera sido suficiente. Su carisma personal, sin duda, debió ser enorme para conseguir esos logros, aunque ni siquiera eso le bastó para convencer a sus soldados de que



**Oficial y soldado de los Compañeros.** El primero, con casco de tipo beocio, decorado con una guirnalda de laurel en plata, y coraza anatómica. El soldado, con casco similar, aunque más sencillo, viste túnica doble, pero en combate portaría armadura. Empuñan *sarissas* de 4.5 m. de largo, con un peso de 3.6 Kg. Esta caballería podía luchar con ventaja contra infantería armada con la lanza tradicional de unos dos metros y medio, o contra cualquier otra caballería.

generales es que no fueron grandes innovadores, no crearon el instrumento de sus victorias, sino que emplearon ejércitos y tácticas diseñados por otros. Si Napoleón utilizó los de la Revolución, Alejandro usó, con escasas modificaciones, el instrumento que creara y puliera su padre Filipo, elevándolo a un nivel de eficacia y complejidad desconocido en el mundo griego.

El ejército macedonio de Filipo y su hijo no se basaba, como los ejércitos griegos de época clásica, en una masa de infantería pesada formada en una cerrada falange, sin casi apoyo de caballería o infantería ligera. Por el contrario, se articulaba en torno a una hábil combinación de infantería, caballería pesada y ligera, y buenas tropas auxiliares además de artillería de asedio.

### El erizo de hierro

El núcleo del ejército con el que Alejandro invadió Persia, en 334 a.C., estaba formado por 12 *taxeis* o regimientos de falangitas (*pezhetaitroi* o *compañeros a pie*), de los que sólo llevó a Asia la mitad. Formaban una compacta falange de hasta 16 filas de profundidad, cuya principal diferencia frente a los hoplitas griegos tradicionales estaba en su larguísima pica o *sarissa*, de unos cinco a siete metros de longitud, manejada con las dos manos. Aunque el manejo de la *sarissa* exigía que el escudo sujeto al brazo izquierdo fuera mucho más pequeño que el tradicional *aspis* de los hoplitas, esta disminución de la defensa no era crítica dado que las cinco primeras filas de picas sobresalían por delante de la primera línea de combatientes, formando un colosal erizo de puntas de hierro.

Aunque, originalmente, estos falangitas fueran una milicia de reclutamiento regional, en época de Alejandro eran ya curtidos profesionales muy bien entrenados, de modo que cada regimiento tenía una gran maniobrabilidad en el campo de batalla, como demuestra que fueran capaces de vadear ríos sin desordenarse, o de cana-



## GAUGAMELA

La batalla decisiva de las campañas de Alejandro tuvo lugar hacia el 30 de septiembre o uno de Octubre del año 331 a.C. cerca del río Tigris, en la llanura de Gaugamela. El macedonio contaba con unos 40.000 infantes y 7.000 jinetes. Es imposible conocer ni siquiera por aproximación los efectivos de Darío, pues las cifras de las fuentes son desmesuradas: Arriano habla de un millón de infantes y 40.000 jinetes, pero buena parte de las levas de infantería de la segunda línea eran casi inútiles. La única infantería sólida era la formada por unos 4.000 hombres, entre mercenarios griegos y la Guardia Real a pie (los *meioforos*): que poco podían hacer contra la mucho más numerosa infantería greco-macedónica. En cambio, unos 34.000 jinetes de buena calidad en la línea principal explican la revolucionaria táctica adoptada por Darío, junto con la presencia de algunos elefantes y unos 200 carros falcados.

El número de las levas en retaguardia es irrelevante, porque no jugaron ningún pa-

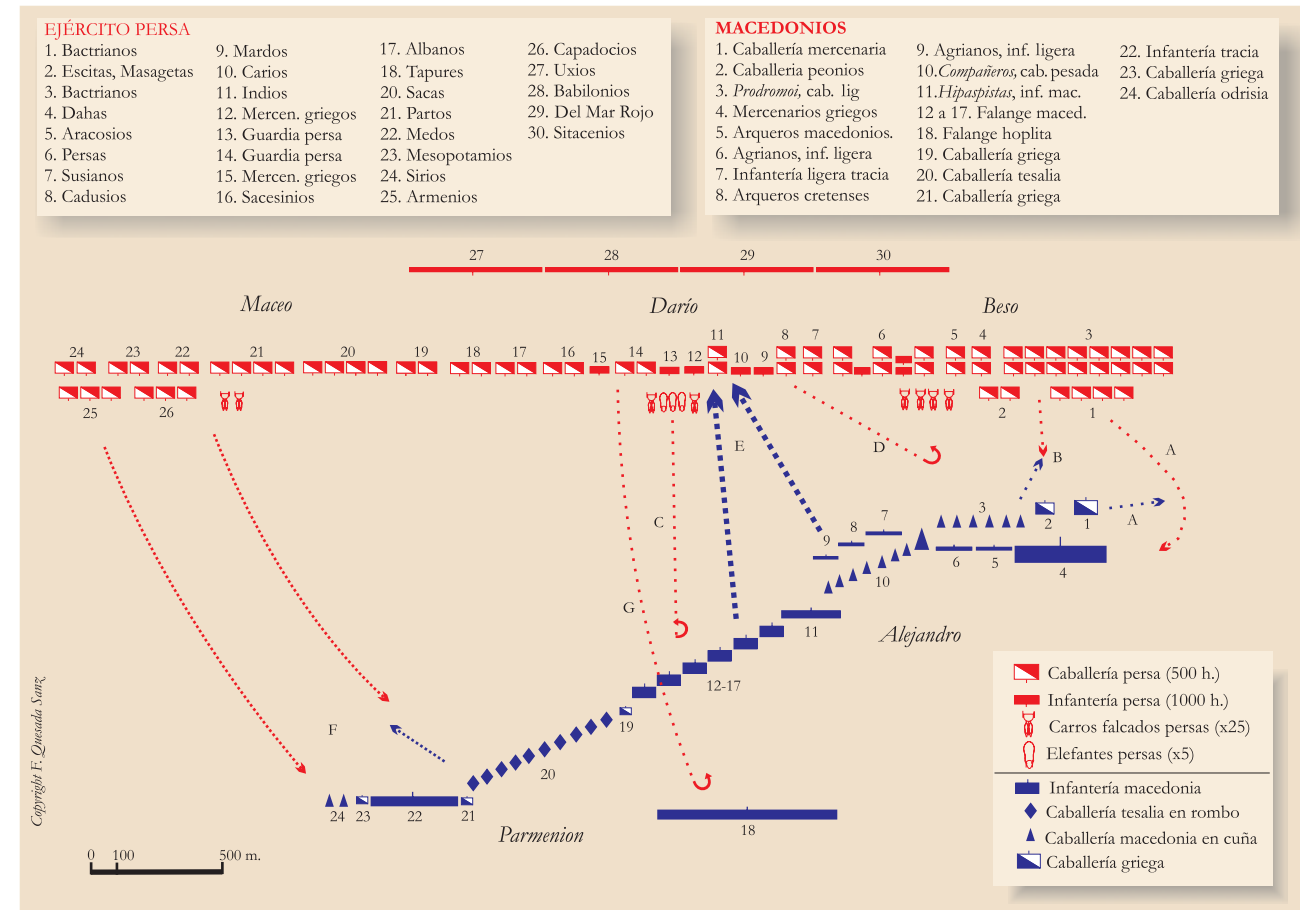
pel en la batalla, que había de ser ganada por la superioridad persa en jinetes.

La táctica del aqueménida se basaba en aprovechar su superioridad en caballería para envolver ambos flancos del ejército macedonio: si se destruían sus alas, la terrible falange carecería de la capacidad de obtener una victoria decisiva. Por ello Darío eligió una llanura que además alisó, eliminando obstáculos, para favorecer el ataque de sus carros, destinados a desordenar y frenar el avance de la infantería macedonia. La táctica de Alejandro consistía en avanzar en oblicuo, rehusando su flanco izquierdo para dificultar ese doble envolvimiento, y golpear con su caballería pesada, apoyada por la falange, en el centro de la línea persa donde aguardaba Darío.

Los primeros ataques persas sobre el extremo del ala derecha macedonia fueron contrarrestados por Alejandro (A y B en el plano) con cierta dificultad, mientras que el ataque de los carros aqueménidas sobre la falange fracasó por completo (C). Justo

en ese momento, cuando buena parte del centro-izquierda persa se desplazó para apoyar el ataque sobre el flanco derecho macedonio, abriendo un hueco en su línea (D), Alejandro se lanzó por la brecha con sus Compañeros, apoyados por los hipaspistas y la falange (E), consiguiendo superioridad local. Darío huyó, abandonando a su ejército. La batalla estaba perdida para los persas, pese a que su ataque sobre el ala izquierda macedonia (F) creaba dificultades a Parmenion, e incluso otro ataque menor penetró el centro macedonio por un hueco entre los batallones de la falange (G), llegando a los bagajes, que fueron saqueados hasta que la segunda línea de hoplitas mercenarios y aliados griegos restauró la situación y rechazó a estos jinetes persas.

La victoria de Alejandro fue completa y con un coste escaso, aunque no fácil ni predetermined. Al final de la batalla, Darío era un fugitivo sin capacidad de recuperar su reino y poco después moría asesinado.



lizar por huecos entre sus líneas el ataque de los carros persas provistos de aterradoras guadañas.

### El yunque y el martillo

La falange actuaba como un yunque, un elemento de avance sólido e irresistible, aunque lento, que actuaba en combinación con la principal arma ofensiva del ejército, el martillo que, atacando en una flexible formación de cuña y armado con una larga pica, golpeaba las líneas enemigas aprovechando cualquier oportunidad. La caballería pesada macedonia, los ocho escuadrones (*ilai*) de *betairoi* o *Compañeros*, era la verdadera elite del ejército, unos 3.300 jinetes, de los que 2.000 cruzaron a Asia. Uno de los escuadrones, la *ile basiliké*, era la escolta del rey. Las feroces cargas de los *Compañeros*, dirigidas por el mismo Alejandro, rompían la línea enemiga en un punto preciso y, mediante un giro, arrollaban de flanco y por la retaguardia las líneas enemigas, arrojándolas contra las picas de la falange a pie.

Hacía falta un enlace entre la falan-

ge y la caballería de los *Compañeros* que evitara la aparición de brechas en la línea cuando cargaba la caballería. Esta bisagra la proporcionaban las tres quiliarquias de *hipaspistai*, 3.000 *portadores de escudo*, tropas de elite más flexibles que la falange para poder colaborar con la caballería, y que quizá iban armadas con una lanza de unos 2,5 m., en lugar de *sarissa*, aunque éste es tema

ga, utilizados para reconocimiento y ocasionalmente como caballería pesada, aprovechando sus largas picas. La importantísima caballería pesada tesalia, tan eficaz o más que la macedonia, solía proteger el ala izquierda del ejército, al igual que los *Compañeros* formaban en la derecha. Su formación favorita era un rombo. Diversos contingentes de *pellastas* y *toxotai* (arque-

## LA FALANGE ACTUABA COMO UN YUNQUE, MIENTRAS LA CABALLERÍA DE LOS COMPAÑEROS ERA EL MARTILLO QUE GOLPEABA AL ENEMIGO

discutido. Eran tropas de elite empleadas en circunstancias adversas que requerían flexibilidad y un arrojo especial. Uno de estos regimientos constituía la guardia a pie del rey o *Agema*.

Complementando la acción del núcleo del ejército había numerosos contingentes con funciones auxiliares. Los *prodromoi* o *sarissophoroi* eran jientes ligeros armados con una lanza muy lar-

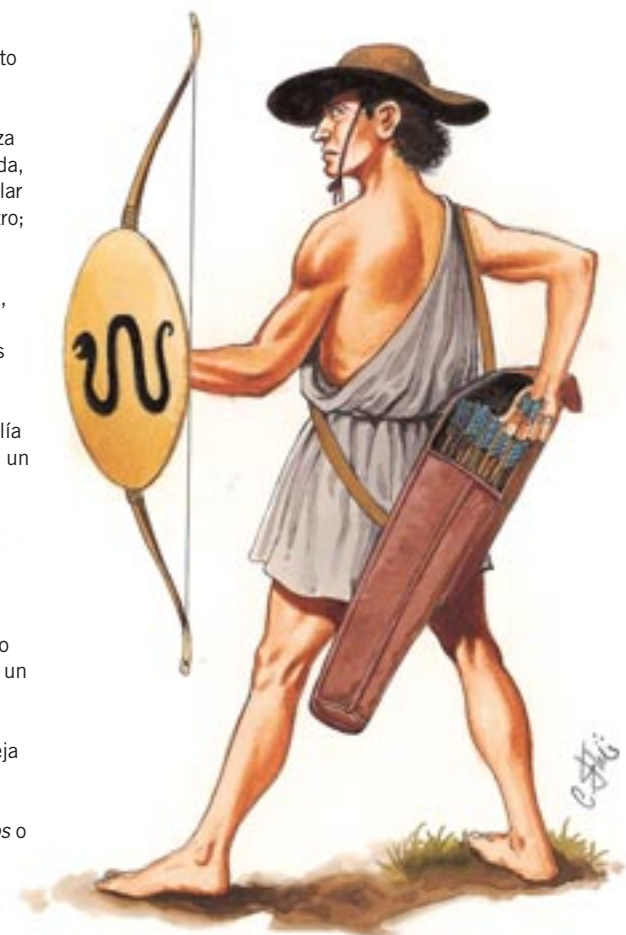
ros), de origen diverso, colaboraban con la caballería en las alas u hostigaban la línea enemiga. Por fin, Alejandro empleó importantes contingentes de *hoplitas* y *pellastas* griegos aliados y mercenarios, que combatían con sus tácticas tradicionales de infantería, y que constituían reservas para el centro o refuerzos para las alas.

En conjunto, el ejército macedonio



Izquierda, **hoplita mercenario griego**. Tanto los que servían a Darío como los alistados con Alejandro llevaban lanza corta, de 2,5 m., espada, y un gran escudo circular de un metro de diámetro; los más pudientes se protegerían con coraza anatómica de bronce o, como éste, de lino con láminas de bronce. Las grebas ya no eran frecuentes; el casco, pesado y agobiante, solía sustituirse por el *pilos*, un gorro de fieltro.

Izquierda, **arquero cretense al servicio de Alejandro**. Lleva un *petasos* o sombrero de viaje de ala ancha, pero su única protección es un pequeño escudo y una daga para el combate cuerpo a cuerpo. Maneja un poderoso arco, compuesto de doble curva y porta un *gorytos* o carcaj, probablemente capturado a un persa.





era, por vez primera en la historia de la Hélade, una eficaz máquina de fuerzas combinadas e interdependientes de infantería y caballería pesada y ligera, capaz de obtener victorias resonantes incluso en condiciones de grave inferioridad numérica.

Claro, que no fue un ejército estático, pues a lo largo de la década del 333 al 323 a.C. recibió numerosos refuerzos de Macedonia y sufrió algunas modificaciones en su estructura, como por ejemplo la reorganización de la caballería en *hiparquias* o regimientos, y la aparente desaparición de los *prodromoi*. Cuando Alejandro murió, había escasez de macedonios nativos y las unidades comenzaban a rellenarse con orientales, más por necesidad que por elección, e incluso se creó una falange oriental, los *Epigoni*. El carácter del ejército cambiaría irreversiblemente.

### Guerra de asedio

El ejército macedónico contaba también con una importante y novedosa capacidad de asedio, tipo de guerra que se convertiría en una especialidad de los reinos helenísticos posteriores

(ver *La Aventura de la Historia*, nº 13, "Conquistadora de ciudades", noviembre de 1999). En todo caso, en 333 a.C. Alejandro sitió Tiro, una imponente fortaleza natural ubicada en una isla a cientos de metros de la orilla. Su conquista le permitiría dominar toda la costa levantina y evitar que la flota persa pudiera aislarle de Macedonia,

su única fuente importante de refuerzos. Para ello hubo de vencer los obstáculos de la naturaleza y una resistencia encarnizada e ingeniosa. Su principal medio de asalto fue construir un dique o espigón hasta la isla, en cuyo extremo edificó torres de asedio de madera armadas con catapultas. La artillería era un arma reciente en el mundo griego, ya que suele atribuirse su invención a la corte de Dionisio de Siracusa, a principios del s. IV a.C. (ver *La Aventura de la Historia*, 36 y 45). Aunque los tirios consiguieron prender fuego a las primeras torres, Alejandro no cedió, reconstruyendo el espigón y edificando nuevas torres para artillería sobre barcos encadenados por parejas. Sin embargo, sólo cuando

el rey consiguió el dominio del mar al desintegrarse la flota persa (en su mayor parte formada por contingentes de otras ciudades fenicias y de Chipre), pudo finalmente, y tras numerosos vaivenes de la suerte, aislar por completo Tiro, demoler parte de sus murallas empleando enormes arietes, y penetrar en el puerto.

La encarnizada resistencia durante siete meses de la antigua metrópoli fenicia concluyó con una masacre que prefiguraba las que habrían de venir más adelante, en Gaza y en lo profundo de Asia. De hecho, autores como D. Hanson consideran que en la fase final de su carrera Alejandro se había convertido en un maniaco alcoholizado, paranoico y genocida: su brutal actitud con las poblaciones de Asia pudo ser eficaz como política de terror a corto plazo, al igual que la ejecución de muchos de sus viejos camaradas macedonios, pero a medio y largo plazo sin duda fue contraproducente. En este sentido, la muerte quizá le llegó al macedonio antes de una inevitable crisis global.

### Avanzando sobre el estómago

Es un dicho común entre los militares que "los aficionados discuten de táctica; los profesionales de logística". El ejército macedonio dependía del mando muy centralizado de Alejandro, que a menudo interfería en cuestiones de detalle, pero sus mandos eran nobles que sabían leer y escribir, y contaba con una suerte de *estado mayor* de eficaces secretarios (*grammateis*) e inspectores (*episkopoi*) no combatientes que llevaban registros de fuerza de cada unidad, control de aprovisionamientos, remonta de caballos, etc., mientras que las unidades tenían una cadena de mando completa con oficiales y suboficiales que controlaban su administración.

Sin embargo, el ejército no proveía raciones en campaña salvo en casos excepcionales, y se esperaba que la tropa adquiriera sus víveres de los mercaderes y buhoneros, a menudo fenicios, que acompañaban al ejército. El escritor romano Frontino recordaba ya que Filipo prohibió el uso de carromatos, y permitió sólo un escudero para

## FALANGE FRENTE A LEGIÓN

En la Historia Militar uno de los "¿qué hubiera ocurrido si...?" favoritos es un posible enfrentamiento entre la falange macedonia de Alejandro y la legión romana republicana. Quizá el primer escritor en distraerse con estas especulaciones fue nada

to el romano, como antes Polibio, olvidaba la enorme importancia que la infantería ligera y la caballería habían tenido en las victorias de Alejandro, y atribuía al ejército macedonio las características de rigidez e inflexibilidad en que la falange degeneró siglo

menos que Tito Livio, quien en su *Historia de Roma desde su fundación* (IX,17-19) ya jugueteaba con la idea de un enfrentamiento entre el mismo Alejandro y Roma... para concluir patrióticamente que Roma hubiera vencido, ya que sus generales no eran inferiores en valor al macedonio; sus efectivos, mucho más numerosos; sus armas más eficaces, y sus soldados más sufridos. Incluso tiene la audacia el romano de escribir: "su falange carecía de movilidad y era uniforme, mientras que el ejército romano era menos uniforme, constituido por varios elementos, fácil de dividir y fácil de reagrupar..." En es-

y medio después, en el s. II a.C., cuando fue vencida por los romanos en Cinoscéfalos (197 a.C.) y Pydna (168 a.C.), desprovista ya del sólido apoyo de caballería que había tenido en el s. IV a.C. y con graves problemas demográficos.

Mientras Alejandro había podido contar con 24.000 falangitas en 334 a.C., en 197, Filipo V sólo pudo reunir 16.000, y eso incluyendo veteranos jubilados y adolescentes. E incluso así, Plutarco describe el terror que invadió al romano Emilio Paulo en Pydna, cuando por vez primera vio el erizo de puntas de la falange en acción.

**Falangita macedonio.** La *sarissa* es una pica de unos 5 m, aunque llegaría a sobrepasar los 7 m. Como contrapeso lleva un regatón de bronce, que permite clavarla en el suelo. El astil era de madera de cornejo y durante la marcha se dividía en dos partes, empalmadas con una pieza metálica tubular. Se protege con un casco frigio, coraza, una greba y un pequeño escudo circular, con el símbolo de la dinastía macedonia. Se trata de un jefe de fila, que combate en primera línea. Las filas traseras no llevarían ni grebas ni, en muchos casos, coraza.



**Darío, en su carro de guerra, combate contra Alejandro.** Detalle de un mosaico del siglo II a.C. a partir de un diseño anterior (Nápoles, Museo Nacional).

cada diez infantes. Al tiempo, los generales macedonios procuraban requisar por adelantado víveres y forraje en un radio de hasta cien kilómetros, formando depósitos para las tropas. En comparación con otros ejércitos griegos, o con el persa, el macedonio carecía de los inmensos trenes de bagajes que lastaban un avance rápido y decisivo.

Aun así, se ha calculado que el ejército de Alejandro necesitaba cada día 220 toneladas de grano y forraje –tomado éste de los campos– y consumía 265.000 litros de agua potable. Durante el asedio de Gaza, hubo que traer de largas distancias hasta 23.000.000 de litros de agua, que no existía en las cercanías para abastecer al ejército durante un asedio de dos meses. Por ello, Alejandro solía aplicar la máxima de "Marchar separados, combatir juntos" que a menudo se atribuye a Napoleón. La labor callada de esos secretarios, capaces incluso, como ha mostrado Engels, de sincronizar la marcha con las fechas de cosecha, no debe ignorarse pues "Un ejército avanza sobre su estó-

mago". El ejército de Alejandro gozó probablemente de la mejor logística en campaña hasta época imperial romana, tres o cuatro siglos después.

### Influencia

La influencia de Alejandro en la guerra antigua y moderna ha sido enorme. Aparte del influjo que el peso de su gloria supuso para personajes como César o el mismo Napoleón, desde el punto de vista estrictamente militar supo coordinar como pocos –mandando desde primera línea– la caballería pesada (el martillo) con la falange (el yunque), enlazada con los *hipaspistas* y protegida en sus flancos por caballería e infantería ligeras. Su sentido de la oportunidad táctica no tiene parangón, y nadie discute su bravura personal.

Sus sucesores refinaron quizá en exceso el esquema del rey macedonio, creando ejércitos helenísticos muy complejos, que debían actuar como una maquinaria de precisión para regular una amplia variedad de tipos de tropas muy especializados. Sin embargo, carecieron

del carisma y la energía demoníaca o divina de un Alejandro, aparte de que, con el tiempo, la calidad del núcleo del ejército –la falange armada con picas y la caballería pesada– tendió a declinar gravemente. La falange macedonia derrotada por Roma a comienzos del s. II tenía ya poco que ver con la fuerza equilibrada que construyera Filipo y llevara a su máximo desarrollo su hijo Alejandro, conocido como El Grande.

### PARA SABER MÁS

- ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J.M. (eds.), *Alejandro Magno: hombre y mito*. Madrid, Actas, 2000.
- BRAVO GARCÍA, A., *Introducción a la Anábasis de Alejandro Magno, de Arriano*, Biblioteca Clásica Gredos, 49, Madrid, 1982/2001 (traducción y comentarios de A. Guzmán Guerra).
- GUZMÁN GUERRA, A., y GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J., *Alejandro Magno: de la historia al mito*. Madrid, Alianza, 1997.
- HAMMOND, N.G.L., *Alejandro Magno: rey, general y estadista*. Madrid, Alianza, 1992.
- LÓPEZ MELERO, R., *Filipo, Alejandro y el mundo helenístico*, Madrid, Arco/Libros, S.L., 1997.
- LOZANO VELILLA, A., *El mundo helenístico*, Madrid, Síntesis, 1993.
- RABANAL, M., *Alejandro Magno y sus sucesores*, Madrid, Akal, 1989.